

de Racleff (cuyo retrato le enviaba en la carta), afamado asesino, que se fingía católico, y andaba con otro compañero y con su mujer é hijos para no hacerse sospechoso, había de atentar á su vida por orden y encargo de dos enviados de la reina de Inglaterra, el almirante Cobbe y M. Walsinghen, que habían ido á tratar de la paz. Hallándose un día don Juan dando audiencia en Tirlomont, entró Racleff burlando la vigilancia de la guardia: don Juan le conoció, y disimuladamente llamó al capitán y le ordenó que en saliendo aquel hombre le prendiese y entregase al preboste general. Llegóse á él despues de esto Racleff, é implorando su amparo y protección á nombre del rey su hermano, como quien quería morir en la religion y se hallaba necesitado con mujer é hijos de corta edad, le pidió el socorro que en tales casos se acostumbra. Don Juan le oyó sin inmutarse, aplaudió su celo religioso, y le despidió prometiendo que tomaría en cuenta su demanda. Prendióle al salir el capitán de la guardia, y puesto á cuestion de tormento declaró que llevaba una daga envenenada para clavarla á don Juan tan pronto como hubiera podido con maña alejarle de los demás algunos pasos (1).

Pero pronto iban á concluir de una vez para el ilustre hijo de Carlos V todos los sobresaltos, todos los disgustos y padecimientos que le aquejaban y mortificaban. Había encargado á su amigo el famoso ingeniero Gabrio Cerbelloni la construcción de un fuerte en un collado llamado Bouges á una legua de Namur. Ambos adolecieron de una misma enfermedad (2), don Juan y Cerbelloni, cuando este tenía ya hecha la mayor parte de la circunvalación. Hizose llevar el austriaco á aquella fortaleza, y se acomodó en un humilde y desmantelado departamento que ocupaba el capitán don Bernardino de Zuñiga. Manifestaban los médicos confianza de salvarle, pero él, conociendo la gravedad de su mal, llamó á todos los generales y consejeros, y á su presencia nombró general en jefe del ejército y gobernador de los Estados de Flandes á su sobrino Alejandro Farnesio hasta que proveyese el rey. Vaciló algun tiempo el modesto príncipe de Parma en aceptar tan honroso y elevado cargo, mas luego se resolvió á admitirle por no dejar el ejército y las provincias desamparadas y sin cabeza en tales circunstancias.

No obstante que los médicos daban nuevas esperanzas, el ilustre enfermo sentía acercarse su fin, y se preparó á él pidiendo y recibiendo con ejemplar devoción los Santos Sacramentos. Dejó recomendado al rey don Felipe mirase por su madre y hermano, pagase sus deudas y satisficase á sus dependientes y criados, y que le hiciera merced de colocar sus mortales restos al lado de los del emperador su padre. Despues de esto cayó en un delirio en que se representaba al vivo estar dando una batalla; ordenaba escuadrones, arregaba á los capitanes, apellidaba victoria, y solo le distraían de los febriles arrebatos de su belicosa imaginación los nombres de Jesus y de María que el sacerdote tenía cuidado de pronunciar en voz alta. Al fin el 1.º de octubre (1578), pasó de esta á mejor vida (3) á los treinta y tres años de su edad, con

(1) Refiere este caso Lorenzo Vander Hammen, en el lib. VI de la Historia de don Juan de Austria.—Añade que también fué preso el compañero de Racleff, y que ambos fueron sentenciados á pena capital, y cortadas sus cabezas y hechos cuartos sus cuerpos fueron colocados en el camino de Namur.

Sobre esto escribía don Bernardino de Mendoza al rey, en carta desifrada, desde Londres á 16 de enero de 1579:

«El de Parma ha mandado hacer justicia de dos ingleses que escribí á V. M., á los diez y seis de mayo, que habían partido de aquí con orden de matar al señor don Juan, que Dios tenga. Esta reina dijo cuando tuvo la nueva de Walsinghen con mucho enojo, que aquel era el suceso de los consejos que él y otros le daban y el estado á que la traían, cuyas palabras sintió el Walsinghen de manera que vino otro día de la corte con calentura á este lugar. Nuestro Señor, etc.»—Archivo de Simancas, Estado, leg. 832.

(2) Vander Hammen dice que fué tabardillo, y el P. Estrada da curiosas noticias sobre los dictámenes y pronósticos equivocados de los médicos acerca de los dos enfermos. Cerbelloni, á quien daban por muerto, fué el que se curó con ser hombre septuagenario; y don Juan de Austria, á quien contaban casi por seguro salvar, fué el que murió, con estar en la flor de su vida.

(3) Conviene en el día de su fallecimiento Cabrera y Estrada: Vander Hammen le difiere hasta el 7. Bentivoglio no le señala.

llanto universal de todo el ejército. Comparábanle unos á César Germánico, otros buscaban mas cerca el cotejo, y en medio del dolor gozaban en hallar multitud de paralelos entre las acciones heroicas del hijo y los hechos gloriosos del padre, deshaciéndose todos en alabanzas de las prendas sublimes del capitán que acababan de perder.

Embalsamado su cadáver (4), vestido y armado de guerra, y colocado sobre un féretro cubierto de brocado de oro, todas las naciones se disputaban el honor de conducir aquella mortuoria caja que tan preciosos restos y tantos recuerdos de gloria encerraba. Los españoles reclamaban el derecho de preferencia por ser el hermano de su rey: los alemanes alegaban haber nacido en su suelo, y los flamencos pretendían hacer valer la prerogativa del lugar. El príncipe de Parma arregló aquella noble disputa, disponiendo que los de la familia (así llamaba á los españoles) sacasen el cuerpo de casa, y que entregado á los maestros de campo de las otras naciones, segun que estaban mas inmediatos á la tienda del general, le fueran conduciendo alternativamente en hombros desde los reales de Bouges hasta la iglesia de Namur. Tendidas las tropas españolas, walonas y alemanas en dos hileras desde el fuerte á la ciudad, roncós los pifanos, las cajas destempladas, las banderas y picas arrastrando y vueltos los arcabuces al revés, iba pasando el féretro en hombros de los maestros de campo de cada tercio, acompañándole siempre el conde de Mansfeld, Octavio Gonzaga, don Pedro de Toledo, marqués de Villafraña, y el conde de Reulx, y detrás de todos el príncipe de Parma Alejandro Farnesio, tan enlutado su cuerpo como luctuoso y triste su semblante. Las cenizas de don Juan de Austria descansaron en la iglesia mayor de Namur, hasta que el rey ordenó que fuesen traídas al régio panteon en que reposaban las de su comun padre (5).

Felipe II, recibida la nueva de la muerte de su hermano, se retiró por unos días al monasterio de San Jerónimo del Paso, desde donde despachó á don Alonso de Sotomayor con la confirmación del nombramiento y título de capitán general y gobernador de los Países Bajos en su sobrino Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, recomendándole no dejase en peligro la religion en ellos, ni cesase en las negociaciones de Inglaterra y Escocia, dándole aviso de todo, y ofreciendo que no dejaría de acudirle con cuanto conviniese y fuera menester para llevar adelante los negocios que quedaban á su cuidado.

Un autor extranjero compendia con elocuente sencillez los hechos gloriosos mas notables de don Juan de Austria con las siguientes palabras: «Ilustró su nombre en la profesion militar con tres nobles empresas. En la primera enfrenó el atrevimiento morisco; en la segunda el orgullo mahometano; en la tercera el furor flamenco. En cada una con los sucesos sobrepujó con grandes ventajas la edad. Porque venció á los moros apenas salido de la infancia; humilló los turcos apenas entrado en la flor de la juventud; y reprimió los belgas con tal maestría de guerra, que un viejo y consumado capitán no la podía mostrar mayor (6).»

Es extraño que en las recomendaciones que al tiempo de morir hizo don Juan de Austria al rey su hermano, guardara completo silencio acerca de dos hijas que dejaba, llamadas Ana y Juana, habida la primera en Nápoles de Diana de Sorrento, la segunda en Madrid de doña María de Mendoza. Ambas fueron monjas, y una de ellas, como veremos adelante, tuvo cierta celebridad histórica.

(4) Dicen los historiadores, que como al abrir el cuerpo para embalsamarle se encontrase la parte del corazón seca, y todo el exterior salpicado de manchas negruzcas y lívidas, sospechó la familia si alguna mano pífida le aceleró la muerte con veneno, y aun alguno indicia si aquella mano seria la del doctor Ramirez.—Ni falta tampoco quien afirme que la misma mano que había hecho apuñalar á Escobedo fué la que hizo emponzoñar á don Juan de Austria. Todo pudo ser, porque la política de aquel tiempo hace demasiado verosímiles estos crímenes. Mas, sobre que aquellas señales pudieron ser natural efecto de la enfermedad, es siempre aventurado en estas materias juzgar por meras sospechas, y fallar sin el fundamento de los comprobantes.

(5) En mayo de 1579 fué traído el cuerpo de don Juan de Austria al panteon del Escorial, y se hizo la entrega y entierro con la solemnidad y ceremonias de persona real.

(6) Bentivoglio, Guerras de Flandes, lib. X.

«Fué, dice Vander Hammen, de temperamento sanguíneo, señorial por

## CAPÍTULO XVI

## Portugal

DE 1576 Á 1583

Grandeza de Portugal en los siglos xv y xvi.—Su estado al advenimiento del rey don Sebastian.—Educación y carácter del joven monarca.—Su empeño en pasar á Africa á guerrear contra los moros.—Pide ayuda á Felipe II.—Entrevista de don Felipe y don Sebastian en Guadalupe, y su resultado.—Funesta jornada de don Sebastian á Africa.—Célebre batalla de Alcazarquivir, desastrosa para los portugueses.—Muerte del rey.—Llanto público en Portugal.—Proclamación de don Enrique.—Cuestión de sucesión al trono portugués.—Cuántos y quiénes eran los pretendientes.—Derechos de cada uno.—El de Felipe II de Castilla.—Negociaciones sobre la declaración.—Don Cristóbal de Mora y el duque de Osmuna.—Dudas entre la duquesa de Braganza y Felipe II.—A quién se inclinaba el rey don Enrique.—Notable intimación de Felipe II á la ciudad de Lisboa.—Mercedes que ofrecía á los portugueses.—Preparativos de guerra.—Enérgica protesta del duque de Osmuna.—Córtes de Almeirim.—Muerte de don Enrique.—Regencia de Portugal.—Ejército español para invadir el reino.—El duque de Alba.—Hácese proclamar rey de Portugal don Antonio, prior de Crato.—Entrada del ejército de España en Portugal.—Plazas que se le rinden.—Venecia á don Antonio y llega á Lisboa.—Fuga del prior de Crato.—Resistencia que intenta hacer en Oporto.—Es errante y se refugia en Francia.—Entra en Portugal Felipe II.—Es jurado rey de Portugal en las córtes de Tomar.—Va á Lisboa.—Cómo procedió con sus nuevos súbditos.—Niégase á reconocerle la isla Tercera.—El prior de Crato en la Tercera con armada francesa.—Terrible combate naval.—Triunfo de los españoles.—Huye otra vez á Francia don Antonio.—Juramento del príncipe don Felipe como sucesor al trono de Portugal.—Muerte del duque de Alba.—Regresa Felipe II á España.—Su entrada en Madrid.

De tiempo en tiempo, y por caminos y combinaciones que no ha podido calcular la prevision humana, suele permitir la Providencia que sufran tales mudanzas los Estados, que de todo punto varie su condicion, verificándose á veces en las ocasiones que menos podría conjeturarse. Tal fué la reincorporación del reino de Portugal á la corona de Castilla en el reinado de Felipe II.

Parte integrante siempre de la península ibérica; provincia por muchos siglos de la monarquía castellana; segregada despues, emancipada y constituida en reino independiente; la pequeña nación portuguesa había ido creciendo, mereed á la vigorosa y hábil conducta de algunos de sus monarcas, y al valor, al ingenio y al espíritu emprendedor de sus naturales, hasta convertirse en un poderoso y vastísimo Estado, que gozaba de gran consideración en Europa y en el mundo. Los descubrimientos y conquistas de los siglos xv y xvi; las atrevidas, brillantes y gloriosas empresas en Africa y en Asia, en que nadie aventajó á los portugueses, los había hecho dueños de extensas y riquísimas regiones en el Océano Oriental, semejante á un cuerpo de dimensiones desproporcionadas, con pequeña cabeza, y cuyos brazos y miembros se extendían á las extremidades del globo. En tal estado, y cuando parecia

sencia, algo mas que mediana estatura; inclinado á lo justo, de agudo ingenio, buena memoria, alentado y fuerte, tanto que armado nadaba como si no tuviera cosa alguna sobre sí; ligero, agradable, cortés, gran honrador de las letras y las armas; excelente hombre de á caballo. Tuvo la frente señorial, clara, espaciosa, los ojos algo grandes, despiertos y garzos, con mirar grave y amoroso; hermoso rostro y poca barba, lindo talle y airoso, liberalidad y gravedad en acciones y palabras, fe en las promesas, fidelidad en el servir á su hermano, discreción y esfuerzo, celo de la religion católica, reverencia á las cosas y personas sagradas, secreto y presteza en ejecutar, crédito y autoridad aun con los enemigos, de manera que su nombre y reputación disminuía su ánimo y osadía. Venecia con clemencia, gobernaba con benignidad, proveía y ordenaba con madurez, hallábase constante en los casos prósperos y adversos, experimentado en la milicia terrestre y marítima, de gran conocimiento en los consejos; sabía elegir sus ventajas, media bien las fuerzas, y acomodaba la providencia á los casos y deliberaciones segun la variedad de los accidentes; presentábase á sus soldados con afabilidad y ordenaba con agrado. Con esto y con hablar á cada uno en su lengua materna, tenía obediencia á sus órdenes y mandamientos tanta diversidad de gentes, tanta variedad de costumbres, tanta desproporcion de ánimos como se halla en los ejércitos, compuestos de ordinario de diferentes naciones, etc.»

que este hijo emancipado de España se hallaba mas en aptitud de vivir una vida robusta y propia, fué cuando por una extraña combinación de circunstancias y sucesos volvió á formar una porción de la monarquía española y á refundirse en ella, como si la Providencia quisiese avisar á ambas naciones que no debiera haberse roto nunca la unidad geográfica de España. Diremos cómo se obró este importante acontecimiento.

A la muerte de don Juan III, uno de los grandes reyes de Portugal, heredó aquella corona su nieto don Sebastian, entonces niño de tres años, hijo de la princesa doña Juana, gobernadora que fué de Castilla. Durante la menor edad del tierno monarca, rigieron el reino, primeramente su abuela la reina doña Catalina, despues el cardenal don Enrique su tío. Desde los primeros años de su juventud, y mas desde que salió de la tutoría, comenzaron á revelarse los pensamientos que ocupaban la fogosa imaginación de don Sebastian. Robusto de cuerpo, de ánimo levantado, de corazón fuerte, de genio belicoso, de espíritu caballeresco, educado en una devoción semimonástica por los padres jesuitas, que entonces ejercían grande influjo en el palacio real de Lisboa, exaltada su alma con las máximas del padre Luis de la Cámara, su confesor, aspirando, como él decía, á ser capitán de Cristo; hábil al propio tiempo en el manejo de un caballo y diestro en el ejercicio de las armas, tan apuesto en el cabalgar como grave y cortés en el trato y afable en la conversacion, prendas de grande estima para los portugueses, el joven don Sebastian, ansioso de igualar ó sobrepujar á sus mayores en brillantes empresas, manifestó resuelto á ir personalmente á la India á descubrir y conquistar nuevas regiones y á convertir infieles. A fin de apartarle de un pensamiento tan peligroso para el reino como arriesgado para su persona, persuadiéronle de que en el caso de intentar una empresa semejante seria menos aventurado é igualmente glorioso emplear su valor y sus armas contra los moros de Africa. Grandemente acomodó esta idea al belicoso y exaltado príncipe, que ya en una expedición á la costa de Berbería había mostrado en algunos encuentros con los moros su personal bravura, aunque con mas fortuna que prudencia. La expedición, pues, á Africa fué el pensamiento que preocupó de un modo constante y fijo el ánimo del rey don Sebastian.

Un incidente vino á exaltar mas su espíritu y á depararle la ocasión que tan ardientemente apetecía. Muley Mahomet había sido despojado de su reino de Fez y de Marruecos por su tío Abd-el-Melik, conocido por Muley Moluc, y denominado en nuestras historias *el Maluco*. El destronado rey moro había pedido auxilio á Felipe II de España, y no encontrando apoyo en el monarca español, acudió con la misma demanda al rey don Sebastian, prometiéndole á Larache y otras cosas mas, que no suele ser nunca escaso en ofrecer el que de otro necesita. El joven monarca portugués acogió con entusiasmo la propuesta del desposeído moro, y ya no pensó mas que en realizar su caballeresca empresa. Quiso, no obstante, contar con la ayuda de Felipe II su tío, á cuyo efecto envió á Madrid á don Pedro de Alcazoba para que tratase con el rey y le pidiese: primero, su auxilio para la empresa de Africa; segundo, que le diera en matrimonio su hija mayor; y tercero, que se vieran ambos monarcas en el lugar que designara el español. Este por su parte despachó á Lisboa para concertar lo de las vistas á don Cristóbal de Moura, ó Mora, caballero portugués, de mucho tiempo al servicio de Felipe II, su gentil hombre de boca y de su cámara, á quien había empleado ya en diferentes comisiones delicadas y honrosas, algunas en el mismo reino de Portugal.

Estos y otros pasos había dado el portugués contra el dictamen de la reina doña Catalina, de su tío el cardenal Enrique, de Cristóbal de Tavora, de don Juan Mascareñas, de Francisco de Saa y otros fidalgos portugueses de los mas ilustres y de mas valía, los cuales todos aconsejaban al rey, algunos á riesgo de perder su gracia, que desistiera de jornada tan temeraria y peligrosa. Cada vez mas empeñado en ella el fogoso don Sebastian, instó vivamente por que se acelerase lo de las vistas, y quedaron estas concertadas para el mes de diciembre (1576) en el monasterio de Guadalupe en Extremadura.



Partieron pues, don Sebastian de Lisboa (12 de diciembre), y Felipe II del Escorial (15 de id.); aquel acompañado del duque de Aveiro y de don Juan de Silva, este del duque de Alba y del marqués de Aguilar. Llegó antes el rey de Castilla, y cuando arribó el de Portugal encontró á su tío que había salido á esperarle á tres cuartos de legua del monasterio. Saludáronse con un abrazo los dos príncipes; y el español hizo entrar en su coche al portugués, y juntos se encaminaron al convento, donde comenzaron las conferencias. Asistía á las pláticas sirviendo como de intermedio entre los dos reyes don Cristóbal de Mora.

Intentó don Felipe, como prudente y experimentado, disuadir á don Sebastian de su jornada á Africa; mas como le viese tan obstinado en ella, prometió ayudarle con condiciones encaminadas mas á imposibilitarla ó diferirla que á facilitarla, tales como la de que había de limitarse á tomar á Larache; que la expedición no había de pasar del año siguiente de 1577, lo cual era difícilísimo de ejecutar; y que había de llevar á ella quince mil soldados extranjeros, en cuyo caso él le daría y costearía la tercera parte, con mas cincuenta galeras, y esto á condicion y en el caso de que la armada turca no se presentase, como se temía, en Italia. Por lo respectivo al casamiento, le ofrecía una de sus hijas, sin designar cuál fuese, cuando tuviera la competente edad. Agasajáronse mutuamente con presentes y regalos así los monarcas como los magnates de uno y otro reino, pero no quedó don Sebastian satisfecho de las disposiciones de su tío, antes se desahogó á sus solas con actos y demostraciones de disgusto, y aun de cólera y enojo. Despidiéronse no obstante tan cortésmente como se habían recibido, y el portugués regresó á Lisboa á preparar su empresa, y el español se volvió á Castilla pensando en emplear todo género de industria para apartarle de su loco designio.

Propuso don Sebastian su proyecto á los señores portugueses, pintándoles con los vivos colores que su ilusión le sugeria las ventajas y la gloria que de él había de resultar á la religion y al reino. Pero tuvo la desgracia de que todos los nobles de mas representacion y autoridad se le desaprobasen; y como algunos se extendieran en reflexiones y consejos: «Yo no os he llamado, los interrumpió con altivez, para aconsejarme si he de ir ó no, porque estoy resuelto á ir de todos modos, sino para que me propongais el orden y manera mejor de levantar gente, con lo demás necesario para la jornada.» Pocas veces se ha visto mas manifestamente realizada aquella sentencia de que Dios ciega y endurece á los que tiene determinado perder. Porque el desatentado monarca, así cerró los ojos á los inconvenientes y los peligros como los oídos á las exhortaciones del rey don Felipe y á las reflexiones de sus mas calificadas vasallos. Dióse pues á buscar recursos para la guerra; alteró la moneda, echó mano á las confiscaciones del Santo Oficio, hizo á los judíos contribuir con una gruesa suma, gravó con impuestos extraordinarios á todas las clases, incluso el clero, y destinó á ella las tercias reales y la bula de la cruzada que le concedió el pontífice como para guerra contra infieles. Si algun hombre experimentado y conocedor de las cosas de Africa, como don Antonio Acuña, representaba los peligros de la empresa, don Sebastian consultaba muy formalmente á los médicos si con la edad podia un hombre tener menos valor y menos juicio, como atribuyendo el consejo de Acuña á la flaqueza y falta de espíritu ocasionada por los años.

Entre los medios que el rey don Felipe excogió para disuadir á su sobrino, fué enviar al duque de Medinaceli para que le hiciese ver la inconveniencia de guerrear contra Muley Moluc, porque siendo este amigo del turco, con quien el rey católico trataba de hacer tregna de tres años á fin de evitar que llevara las armas otomanas á Italia, podia serle muy perjudicial la guerra con el de Marruecos, que por otra parte le hacia ventajosos partidos para mantener con él relaciones de paz y amistad. Léjos de prestarse el fogoso monarca portugués á oír consejo ni proposicion alguna que tendiera á desviarle de su propósito, contestó al monarca español, que con su ayuda ó sin ella estaba firmemente resuelto á hacer su jornada de Africa.

Finalmente, ni las exhortaciones y embajadas del monarca español, ni los consejos y reflexiones de la reina viuda de

Portugal, del cardenal don Enrique, de los nobles é hidalgos portugueses, todos acordes, como si por inspiracion hubieran obrado todos para persuadirle que mirase bien lo que hacia, porque iba á aventurar su persona y la suerte de su reino; ni las cartas que el mismo Muley Moluc le escribió haciéndole ventajosas propuestas, bastaron á quebrantar el ánimo ni á ablandar el endurecido corazon del jóven don Sebastian, y parecia, repetimos, que un misterioso é irresistible impulso le precipitaba por una pendiente, como en aquellos casos en que la mano invisible de Dios prepara los sucesos y conduce los hombres para mudar los imperios y variar la condicion de los Estados.

Juntó pues el tenaz monarca un ejército que no llegaba á diez y siete mil hombres, entre ellos tres mil alemanes, seiscientos italianos, dos mil castellanos mandados por don Alonso de Aguilar, quinientos nobles aventureros portugueses, y los demás gente menestral y artesana alistada por fuerza, y nada parecida á los guerreros portugueses que años antes habían con sus hazañas asombrado al mundo. Mandaba la armada don Diego de Sousa, el duque de Aveiro la caballería, era maestre de campo general don Duarte de Meneses, y jefe superior de todo el ejército el rey, al cual acompañaban don Antonio, prior de Crato, hijo del infante don Luis, y muchos grandes, títulos y señores del reino. Habiendo rehusado aceptar la regencia su tío el cardenal don Enrique, nombró por gobernadores á don Jorge de Almeida, arzobispo de Lisboa, á don Pedro de Alcazoba, don Francisco de Saa y don Juan Mascareñas; con lo cual embarcóse el rey en Lisboa y emprendió su apetecida jornada (junio, 1578). En Cádiz, donde primeramente arribó, fué espléndidamente hospedado y agasajado por el duque de Medinasidonia, y desde allí á los ocho días se dió de nuevo á la vela, atravesó el Estrecho, envió á don Duarte de Meneses á prevenir al Xerife Muley Mohamet que se apercebiese, y desembarcó en Arcila con intento de ir á sitiar á Larache. En consultas con los prácticos, y en dudas y pareceres diversos sobre si había de ir por tierra ó por mar malgastó el monarca portugués mas de quince dias, en cuyo tiempo dió lugar al Maluco, como nombran nuestros historiadores al rey de Fez y de Marruecos, para salirle al encuentro con un ejército de cuarenta mil caballos y treinta mil infantes, turcos y moros africanos y andaluces (1).

Mas valeroso que prudente don Sebastian, y contra el parecer de los mas entendidos, se empeñó en caminar por tierra á Larache, y al quinto dia, y á los veinte de haber desembarcado en Africa acampó en los llanos de Alcazarquivir. Allí le alcanzó el capitán español Francisco de Aldana, que le llevaba regalos de Felipe II y una carta del viejo y experimentado duque de Alba, en que le hacia saludables advertencias acerca del país y de la guerra que iba á hacer. El 3 de agosto se dieron vista en aquella gran llanura el ejército africano y el portugués. El Xerife, á quien iba á ayudar don Sebastian, confiaba en que tan pronto como divisaran sus banderas se

(1) Las fuentes históricas de que principalmente nos hemos servido para esta relacion son las siguientes: Jerónimo Osorio, Historia de Portugal desde 1090 á 1610.—Crónica de Rey de Portugal Dom Joao III compuesta por Francisco d'Andrada.—Epítome de la vida y hechos de don Sebastian, rey de Portugal, por Juan de Baena Pareda.—Sebastian de Mesa, Jornada de Africa por el rey don Sebastian.—Historia de Bello Africano, in quo perit Sebastianus Portugaliæ Rex.—Compendio das mas notaveis cousas que no reyno de Portugal aconteceram desde a perda del rey don Sebastian, etc., por Luis de Torres de Lima.—Jornada de Africa por el rey don Sebastian, por Jerónimo de Mendoza, natural de Porto.—Faria y Sousa, Epítome de Historias portuguesas.—Viperani, De Obtenta Portugalia à Rege Catholico Philippo, traducido por Alonso de Cáceres, criado de S. M., MS. de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.—Jerónimo Conestaggio, Dell'Unione del regno di Portogallo alla corona di Castiglia, trad. por Luis de Bavia.—Cabrera, Historia de Felipe II, lib. XII y XIII.—Archivo de Simancas, Papeles de Estado, legajos 395 y 396.—Correspondencia entre Felipe II, don Sebastian, don Enrique, el embajador don Juan de Silva y otros personajes.—MM. SS. de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, Misceláneas, t. IV y XLIII.—Cinco grandes volúmenes manuscritos, uno de ellos casi todo de documentos originales de la correspondencia diplomática sobre los derechos á la corona de Portugal y su conquista, que se hallan en el archivo del ministerio de Estado, y otros escritos que fuera largo enumerar.

le pasarian la mayor parte de los soldados del Maluco su tío. Pero engañóse el destronado africano, porque ni uno solo abandonó los estandartes del que le había arrojado del trono. Su sola esperanza era ya que falleciese de una hora á otra Muley Moluc, de quien sabia que iba gravísimamente enfermo. En efecto, lo estaba tanto el rey de Fez, que tenia que ser conducido en hombros ó en silla de manos: pero aun así arregaba enérgicamente á sus tropas, y recorría las filas á caballo, sosteniéndole de un lado y de otro dos moros. Eran los mas de opinion, incluso el mismo Xerife, que convenia al ejército portugués esperar atrincherado. Don Duarte de Meneses, conocedor de los moros y de su manera de pelear, opinaba que al menos se los acometiera de noche. Sordo ahora como antes á todos los consejos el obeccado monarca portugués, no escuchaba mas voz que la de su temerario deseo, la de pelear cuanto antes y de cualquier manera con los infieles.

Cumplióse al siguiente dia su belicoso antojo, y cumpliéronse tambien los tristes vaticinios que sobre su loca tenacidad había sido fácil hacer. ¡Dia funestamente memorable fué para Portugal el 4 de agosto de 1578! Trabóse la batalla en desventajosas posiciones para los cristianos, cercados ya de inmensa morisma. De poco sirvió al rey don Sebastian su donado y maravilloso arrojo, no desmentido un instante desde el principio hasta el fin de la pelea. De poco á los nobles aventureros portugueses su heredado brio, y de poco su proverbial valor á los soldados castellanos. Cebáronse los moros en la gente allegadiza y bisoña de Portugal, nueva en la guerra y no hecha al manejo de las armas. Al principio del combate murió de su enfermedad el rey Abd-el-Melik, el Maluco, pero ocultáronla tan hábilmente los que le rodeaban, que ignoraban su fallecimiento los soldados. Cuando algun jefe iba á consultar al rey, el alcaide de su guardia metía la cabeza por la ventanilla de la litera como para preguntarle, y en su nombre se daban y trasmitian las órdenes. El rey de Portugal, buscando siempre los puntos del mayor peligro y socorriendo á los que se hallaban en mayor aprieto, con un ardor juvenil digno en verdad de mejor ventura, acometía, hería, atravesaba con su lanza grupos de enemigos.

Y ahora, señor, ¿qué hemos de hacer? le preguntaba don Fernando Mascareñas viéndose casi solos y circundados de multitud de moros.—Hacer lo que yo hago, le contestó el rey; y se metió entre ellos, y recibió un balazo debajo del brazo izquierdo perdiendo su caballo: prestóle el suyo don Jorge de Alburquerque, y volvió con igual ardor á la pelea. Doquiera que dirigia los ojos, no veía sino cadáveres de nobles portugueses regando con la sangre de sus heridas aquellos campos. Hasta un alcaide moro, asombrado de su valor y viéndole en una ocasion en inminente riesgo, se ofreció á ponerle en salvo.—¡Y mi honra! exclamó el monarca portugués: *háise de decir que huí!* Y continuó blandiendo su lanza. Don Cristóbal de Tabora, su favorito, que nunca le desamparó, al ver caer á su lado los pocos hidalgos que ya le acompañaban, le dijo: *Mi rey y señor, ¿qué remedio tendremos?*—*El del cielo*, le respondió, *si nuestras obras lo merecen. La libertad real*, añadió, *se ha de perder con la vida.* Y él arremetió como si deseara ya perderla, y don Cristóbal de Tabora acabó la suya honrosamente, muriendo tan cerca del rey como siempre había vivido.

Finalmente, despues de innumerables, y al parecer fabulosos prodigios de personal valor, sin abandonarle el ánimo un solo momento, cubiertos de cadáveres de ilustres y esforzados guerreros cristianos los campos de Alcazarquivir y casi solo ya el rey don Sebastian, con mas espíritu que fuerzas, acosado por multitud de moros y siempre peleando hasta que le dejaron sin accion y sin poderse revolver, el alfanje de un cañal le alcanzó al rostro que llevaba descubierto, y le derribó del caballo, y otros moros, viéndole caído, le alcanzaron rudamente en la cabeza y garganta, únicas partes no defendidas de la armadura. Así murió el valeroso rey don Sebastian de Portugal, en la flor de sus años, pues no contaba aun los veinticinco, víctima de su fe religiosa, de su educacion mística, de su espíritu aventurero y caballeresco, de su inflexible tenacidad, de su lamentable obeccacion, de su ardor bélico y de su temerario arrojo.

Antes que el rey habían muerto en aquella memorable batalla mas de once mil soldados de su ejército. Allí pereció la mas esclarecida nobleza de Portugal; allí ilustres prelados; allí veteranos y distinguidos capitanes, italianos, tudescos, castellanos y portugueses. Allí cayó el obispo de Coimbra don Manuel de Meneses, que aquel dia manejaba en lugar de báculo una lanza; allí el obispo de Oporto; allí los condes de Vimioso y de Vidigueyra; allí el baron de Albito, el hijo del duque de Braganza, y el del conde de Sortela, y el del conde de Silva; allí don Francisco y don Cristóbal de Tabora, y el anciano Jorge de Silva, regidor de Lisboa, que á los sesenta años mostró tanto vigor en la batalla como el mas brioso y robusto jóven; allí cien y cien nobles portugueses, espejo de valor y de hidalguía; allí el capitán de los tudescos Mos de Temberg; allí el maestre de campo de los de Castilla don Alonso de Aguilar, con el capitán Francisco Aldana. Allí quedaron cautivos don Antonio, prior de Crato, el jóven duque de Barcelos, el maestre de campo general don Duarte de Meneses, el embajador don Juan de Silva, don Fernando y don Diego de Castro, don Francisco de Portugal, don Gonzalo Chacon, y otros muy ilustres caballeros. Allí se ahogó al pasar el rio Macazin, el Xerife por quien tantas desgracias habían venido. Los sarraçenos pudieron contar la victoria de Alcazarquivir como la mas famosa que habían alcanzado desde el triunfo de Guadalete (1).

Tristeza, llanto, luto y consternacion produjo en Portugal la noticia de la catástrofe de Alcazarquivir. Todos lloraban, y todos tenían razon para llorar, porque quedaba el reino sin rey, sin sucesion, sin capitanes, sin gente, perdida la flor de la nobleza, sin dineros el tesoro y sin soldados que le defendieran el pueblo. Para reemplazar á un rey jóven, vigoroso, robusto y bizarro, no tenían sino al cardenal don Enrique, su tío, anciano y achacosos, tenido por inhábil para dar sucesion por su estado, por su edad y por sus males. Era, sin embargo, el heredero del trono, y llamáronle de Ebroa donde se hallaba, á Lisboa, y proclamáronle y le juraron solemnemente (28 de agosto, 1578), despues de haber hecho el llanto y ceremonia pública por el rey difunto. Verificóse esta solemnia luctuosa juntándose procesionalmente en la iglesia mayor el ayuntamiento de la ciudad con muchedumbre del pueblo, yendo un ciudadano á caballo, cubiertos él y la cabalgadura de luto, con una bandera negra al hombro arrastrando por el

(1) El cadáver del malogrado monarca fué presentado desnudo y lleno de heridas en la cabeza y cuello al Xerife Muley Hamet, hermano y heredero de Muley Moluc. Reconocido por don Duarte de Meneses y demás hidalgos cautivos, lloraron sobre él, y trataron con el Xerife de su rescate. El cuerpo de don Sebastian, que se enterró en Alcázar, fué en efecto entregado á los pocos meses al gobernador portugués de Ceuta (10 de diciembre, 1578), sin que por él aceptara el Xerife precio ni interés alguno, en lo cual se condujo generosamente el africano. Los demás cautivos fueron mas adelante rescatados, á instancia y con el dinero del rey don Felipe de España, que al efecto envió allá como negociador á Pedro Venegas.

En el leg. 396 de los papeles de Estado del archivo de Simancas, hay un testimonio auténtico y muy legalizado de haberse entregado al gobernador de Ceuta el cadáver de don Sebastian, sin interés alguno por el rescate.

En el leg. 401 se hallan cartas de Andrea Corzo, el que rescató el cuerpo, dando cuenta al rey de Fez de su venida á la corte de España y buena acogida que le hizo Felipe II, así como de lo mucho que había agradecido la libertad de don Juan de Silva.

Fué por consiguiente fabuloso todo lo que se inventó despues, diciendo unos que había ido á morir á Arcila, otros que á dos leguas del campo de batalla, y otros que aun vivía y se hallaba haciendo penitencia. El haber supuesto mas adelante algunos aventureros cada cual por sí ser el rey don Sebastian, segun en el curso de la historia veremos, pudo acaso nacer ó ser inspirado por un caso que entonces acaeció. Huyendo unos pocos de los que se habían salvado, llegaron de noche á Arcila, y como no les quisiesen abrir la puerta, viendo el peligro que corrían de pasar allí la noche, discurrió uno decir que venia allí el rey. Al oír esto los de la villa, abrieron las puertas; el que parecia mas principal entre los fugitivos entró muy embozado, y los demás fingian respetarle y obedecerle. Este ardid produjo la ida de Diego de Fonseca, corregidor de Lisboa, que se hallaba en la armada, á hacer averiguacion de la verdad. La ficcion fué al momento descubierta, y los soldados disculparon el hecho con el peligro. Pero bastó aquella aventura para que se divulgara la voz en Portugal de que el rey don Sebastian no había muerto.—Mesa, Jornada de Africa, libro I, cap. 20.